

Babel. El hombre sabe ya construir, ha organizado una sociedad, levanta grandes construcciones, está orgulloso de sus progresos, quiere inmortalizar su nombre y se olvida de su Criador. A pesar de su decaimiento moral, los descendientes de Noé conservaban aún el conocimiento y el culto del verdadero Dios; llegan ahora a un punto fatal en su desarrollo, mejor dicho, en su decadencia religiosa. Va a nacer el paganismo, y esto va a obligar a Dios a elegir un pueblo para conservar en el mundo el concepto de la unidad de Dios. El libro de la Sabiduría relaciona la elección de Abraham, que el *Génesis* narra a continuación, con «el comienzo de la maldad». Contra lo que afirman, no las ciencias, sino muchos sabios, cegados por los prejuicios, la religión degenera paulatinamente, pasando del monoteísmo al politeísmo, hundiéndose en una degradación progresiva, perdiendo la pureza, la elevación, que tenía en la primera hora y que aún se conservan, con perfección ciertamente relativa, en muchos pueblos de cultura inferior.

El relato bíblico parece evocarnos el comienzo de esta decadencia, los primeros pasos de la idolatría. No se trata de un fenómeno que sobrevino repentinamente y de una manera uniforme en todas partes, sino de un olvido que se va espesando poco a poco, y que tiene su origen en la degeneración moral. Así lo explica San Pablo: «No queriendo los hombres agradar a Dios, sino a sí mismos, su necio sentido se oscureció. El pecado encierra una conversión a las criaturas, el hombre pierde de vista el único fin digno de él, se entibian sus ambiciones por las cosas elevadas, y se inicia un movimiento de retroceso. Así, en una caída lenta, se pasa del culto de un solo Dios al de las fuerzas y los fenómenos naturales. Fascinados por la belleza, por la fuerza, por la virtud escondida en

la naturaleza, los hombres se olvidaron de pensar en el autor de ella, creyeron que lo debían todo a las criaturas, cuyo influjo benéfico era indispensable para su vida, y de este modo, dice el libro de la Sabiduría, empezaron a rendir culto «al fuego, o al viento raudo, al giro de las estrellas, a las aguas inmensas, al sol o a la luna». El aerolito que caía del cielo, el lucero que guiaba al caminante, el león rey de la selva, la fuente, que ofrecía sus aguas en medio del desierto, el árbol, que convidaba al viajero con su sombra y con su fruto, el hombre, que con su genio y su bondad se constituía en jefe y guía de sus semejantes, todo contribuyó a multiplicar los dioses y los espíritus, a tejer mitos y supersticiones, a imaginar genios silvestres y marítimos, divinidades terrenas y estelares, hadas, silfides, nereidas, gnomos, ondinas, duendes, péñates y fantasmas. En un descenso gradual se pasa de las estrellas a la naturaleza circundante, de aquí a la divinización de los hombres y, finalmente, a la adoración de los animales y los ídolos.

#### LA CONFUSION DE LAS LENGUAS

La actitud de los hombres que construyen la torre de Babel, muy parecida a la del mito prometeico, representa el primer paso. A él sucede inmediatamente la maldición de Dios. Parece como si el Señor se asomase a las ventanas del cielo, y sonriese compasivamente al ver las pretensiones y los esfuerzos de los pobres hijos de Adán. Y no falta una íntima ironía en este pasaje mosaico: «Y descendió el Señor para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de Adán, y dijo: «He aquí que el pueblo es uno solo, y el lenguaje de todos, uno mismo; y han comenzado a hacer esto y no desistirán de lo que han pensado hasta que lo hayan puesto por obra. Venid, pues, descendamos y confundamos allí su lengua, de manera que ninguno entienda